

CRISTÓBAL PACART

CAPITÁN DERROTA



Áurea Ediciones

1. LA MALDICIÓN DE LA BÁSICA

Marzo de 1994. Mi primer día de clases. Eran las ocho de la mañana y me encontraba en el patio principal del colegio, presenciando el tradicional acto de bienvenida al año escolar.

Era la típica ceremonia donde el director leía un discurso aburridísimamente eterno, mientras los estudiantes (y de seguro varios profesores) fingíamos escucharlo. Sin embargo, mi falta de interés no tenía relación con lo fome del discurso. Incluso, si el director hubiese estado contando chistes con una peluca de payaso, tampoco le hubiera prestado atención. En ese momento solo me importaba una cosa: el fútbol.

Era el año de la Copa del Mundo Estados Unidos 1994, esa en la que habría un país que, una vez más, no participaría: Chile, una selección que tenía mucho en común con el equipo de fútbol de mi curso, el ahora Sexto A. Ambos equipos se encontraban en el hoyo futbolístico más profundo de su historia.

La Roja, ni siquiera había podido participar en las eliminatorias para clasificar al mundial, todo por un castigo

recibido a causa de un arquero que se le ocurrió *afeitarse* una ceja en pleno partido contra Brasil, en el Maracaná.

¡Hasta los bolivianos jugarían ese mundial!

Mientras, el equipo de mi curso llevaba cinco años consecutivos sin haber ganado un solo partido. No era una exageración. Resultados de primero a quinto básico: cero triunfos. Ni siquiera un empate en una mísera pichanga de recreo.

“La maldición”. No había otra forma de llamar a aquella desgracia que nos ocurría.

Pese a todo, mis compañeros pichangueros del curso y yo, éramos fanáticos del fútbol. Oportunidad que teníamos, armábamos una pichanga. En los recreos, en las mañanas antes de entrar a clases, en las horas de almuerzo, en esos minutos en que los profes se atrasaban en llegar a la sala, en los cumpleaños, con frío, con calor, con lluvia, con pelotas de tenis, cajas de jugo y con cualquier cosa que sirviera de pelota.

Fútbol, fútbol, fútbol. Derrotas, derrotas, derrotas, y de las humillantes. Propinadas siempre por nuestros compañeros de generación, “el B”, “el C” y “el D”, que nos tuvieron de caseros durante los primeros cinco años de la básica.

“Son hediondos de malos”, era lo que nos decían nuestros amiguitos de los otros cursos. Principalmente los del B, eternos compañeros de las clases de educación física y, por cierto, nuestros rivales más odiados. Pero éramos persistentes y no bajábamos los brazos.

—¡Ey! ¡Prandaro!

Alguien me llamaba.

En realidad, mi nombre es Ricardo Prandaro, aunque el nombre de pila, pueden ir olvidándolo desde ya, porque desde kínder, todos en el colegio me llamaban por mi apellido.



Mi mundo era el fútbol, me creía delantero y, dentro del equipo, siempre había sido el más motivado, lo que me llevó (más por descarte que por otra cosa) a ser nombrado capitán, algo que estaba lejos de ser un cargo de alta investidura, ya que por ganarme la jineta de esa lastimosa escuadra, lo que también terminé ganándome fue el apodo de “Capitán Derrota”.

—¿Trajiste pelota, Prandaro?

El que me hablaba era el Zeta, otro de los pichangueros del curso. Aunque era defensa, tenía una excelente técnica para salir jugando desde nuestra área y armar un ataque a nuestro favor, pero también a favor del equipo contrario, pues frecuentemente y en los peores momentos, le robaban la pelota cuando le venían esos aires de Diego Maradona.